

CARTA DE ACCRA ALIANZA MUNDIAL DE IGLESIAS REFORMADAS

Algunos dicen que fue un milagro lo que sucedió en Accrá, Ghana en agosto de 2004 en la reunión del Concilio General de la Alianza Mundial de Iglesias Reformadas (WARC). En su reunión anterior en Debrecen, Hungría en 1997, aquel cuerpo eclesiástico, que representa 218 denominaciones reformadas, presbiterianas, congregacionales, y unidas con 75 millones de miembros en 107 países, había escogido el tema de Isaías 58:6: ". . . soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados, y romper todo yugo," y recomendó a todas las iglesias miembros a considerar el llamado a confesar su fe en el Dios que vence la opresión y la injusticia. En Accrá escogieron Juan 10:10: ". . . que todos/as tengan vida en plenitud." Esta vez llegaron al consenso extraordinario de desafiar a toda su familia eclesiástica a pactarse por la justicia en la economía y en la tierra. Para muchos fue como una conversión espiritual, como testifican en estos párrafos iniciales de la Carta de Accrá.

Los momentos más conmovedores y memorables tienen que ver con nuestra visita a Elmina y Cape Coast, dos ciudades costeras de Ghana, en donde están los "castillos" en cuyos calabozos se reclusa a los esclavos capturados a la espera de ser embarcados en barcos negreros con destino a tierras y futuros desconocidos. A lo largo de siglos de barbarie, 15 millones de esclavos africanos fueron transportados a las Américas y otros tantos fueron capturados y no sobrevivieron. Fue sobre este mercadeo de seres humanos que se fundó la riqueza de Europa. Con la mano de obra, el sudor, el sufrimiento, la inteligencia, y la creatividad de esas víctimas prosperó la riqueza del continente americano.

En el Castillo de Elmina, los mercaderes holandeses, los soldados, y el Gobernador vivían en los pisos superiores, mientras en el inferior se mantenía cautivos a los esclavos. Visitamos una sala que servía de iglesia; sobre la puerta aún se lee un fragmento del Salmo 132: "Pues el Señor ha escogido a Sión." Imaginamos a los cristianos reformados adorando a su Dios mientras en el piso de abajo los esclavos languidecían en el horror de estar encadenados en esos calabozos. Esa situación se prolongó durante más de dos siglos.

Irritados y perplejos, pensamos, "¿Cómo podía estar su fe tan lejos de la vida? ¿Cómo podían separar su experiencia espiritual del tortuoso sufrimiento físico que tenía lugar bajo sus pies? ¿Cómo podían ser tan ciegos en su fe?"

Algunos de nosotros descendemos de aquellos mercaderes y propietarios de esclavos, otros de los que fueron esclavos. Compartimos lágrimas, silencio, indignación y lamentos. Los cristianos reformados siempre han declarado la soberanía de Dios sobre la vida y toda la tierra. ¿Cómo pudieron, pues, estos antepasados de fe reformada negar tan ostensiblemente en la práctica lo que decían creer?

Sin embargo, al oír hoy las voces de nuestra comunidad mundial, descubrimos el peligro mortal de volver a cometer el mismo pecado de aquellos cuya ceguera condenamos, pues el mundo actual se divide entre quienes celebran el culto en una cómoda satisfacción y los esclavizados por la injusticia económica mundial y la destrucción del medio ambiente, que aún padecen y mueren.

La Carta de Accrá sigue afirmando, "el mundo de hoy vive condicionado por un imperio opresivo," "fuerzas económicas y políticas dominantes en todo el mundo que ensanchan la brecha entre los ricos y los pobres." "Este no es un tema más que se ha de abordar. Más bien tiene que ver con la esencia de nuestra confesión de fe. ¿Cómo podemos afirmar que creemos en Jesucristo como Señor de toda la vida y no oponernos a todo lo que niega la promesa de plenitud de vida al mundo?"